

funda teórica... compra y vende, el compra y vende y el derecho (obligación y deber) a la deuda como forma pseudo democratizadora, pues no deja de ser significativo recordar que el día 11 de Septiembre se produjo –histórico, histérico– el bombardeo a la moneda. A La Moneda esa. Otra.

(1997)

## 2. LA COMPRA, LA VENTA\*

Quisiera agradecer la invitación a participar en este encuentro, pero, a la vez, considero necesario señalar que me siento un poco incómoda de comparecer en una mesa que reúne a destacados críticos literarios y editores nacionales y donde yo resulto –por qué no decirlo– un poco excéntrica. Esta ubicación no puedo sino explicármela desde el halagador y quizás afectuoso gesto del escritor y organizador del encuentro, Carlos Olivárez, quien me ha desmarcado de lo que ha sido mi práctica literaria, pero, más allá de la sorpresa que me provoca su gesto, debo reconocer que finalmente se habla de los lugares desde los que se habla y que tal vez el tener una posición cultural crítica me convierta en realidad en una crítica. Me explico esta selección en la medida que con Carlos mantenemos un esporádico intercambio cultural mediante las colaboraciones que le entrego –hay que decirlo– en forma gratuita, al significativo Suplemento Literario que actualmente él dirige. Y entonces después de esta acotación haré una intervención libre y suelta basándome en mi experiencia múltiple con la producción literaria y como observadora crítica de la realidad cultural actual.

Me parece que uno de los puntos álgidos que enfrenta y presencia el escritor hoy, se refiere a la relación literatura y mercado. Desde luego estoy consciente que siempre el libro literario ha sido un bien de consumo, pero, sin embargo, el punto problemático surge cuando se intenta

\*Texto leído en el seminario sobre “Nueva Narrativa Chilena”, 1997, organizado por el Centro Cultural de España y el diario *La Época*. (N. del E.)



transformar lo específicamente literario en un tic consumista, un producto librado a la oferta y a la demanda, enclavado sólo en las leyes estereotipadas del mercado. El resultado de este proyecto político con la literatura —que es desde luego un proyecto económico— es la ambigüedad múltiple que genera. Por una parte, y ésta es la paradoja, genera una suerte de nacionalismo: “lo que es chileno es bueno” (digo paradoja en el marco de la ascendente globalización) y por otra —y esto está relacionado directamente con el mercado— lo nuevo es lo que tiene precio, algo así como: “los últimos serán los primeros”. Entonces la obsesión por la actualidad va borrando el trabajo histórico con lo específicamente textual, con las sintaxis, con los sentidos, con la intertextualidad, con la diversidad de estéticas que portan las propuestas. El mercado —eso lo sabemos— trabaja contra la memoria, trabaja con un deseo inapelable y febril de presente: “A comprar a comprar porque mi mundo se va a acabar”. De esta manera, las operaciones entre literatura y mercado no son inocentes, son el resultado de un conjunto de modelos discursivos de vastas proporciones. Y en este sentido, lo que entendemos por lectores —auscultando en el interior del sistema— son nada más y nada menos que los efectos de una construcción programática elaborada por el sistema mismo.

Sé que estoy simplificando bastante, pero lo que quiero decir es que pienso que los que entendemos por lectores son únicamente el resultado disciplinar de un programa político-económico, dentro del cual estos nuevos lectores, más que leer literatura, lo que garantizan al leer (que en este contexto es una forma de no leer) es su propio habitar en el sistema o, dicho de otra manera, sólo pueden/deben leer lo que el sistema les propone para obtener así un espacio legible y confortable en el sistema. Al mercado no le preocupa ni necesita ni desea lectores literarios sino sujetos monetarios. De tal manera que los tan celebrados lectores-de-la-nuevanarrativa-chilena son los que producen y posibilitan a su vez la nueva narrativa-chilena, pero gran parte de estos lectores son el efecto de una operación del mercado que es el radical sustento del actual proyecto político —el proyecto neoliberal— que, en buenas cuentas, sí que me parece a mí que es la nueva narrativa chilena o para decirlo de otra manera, el proyecto neoliberal es la real y actual narratividad oficial chilena.

Lo invasivo de este modelo político económico apoyado y difundido por los medios de comunicación, las sensibilidades públicas, las piruetas alucinantes de los representantes políticos, funden y confun-



den rigores y especialmente relegan a las producciones críticas y a las estéticas no oficializables hacia los bordes del proyecto hegemónico. En el ámbito literario, el best seller se confunde con lo específicamente literario, para paliar este encuentro o desencuentro, la mecánica parece ser la espectacularización del autor, de la misma manera en que se espectaculariza a los protagonistas de masas tales como el actor de teleseries, el deportista estrella, el cantante, por una contingencia anclada en una irrestricta vocación por la moda. Desde luego considero culturalmente importantes al cantante, al deportista, al actor, a la modelo, la pregunta crítica sobre la solidez de sus discursos públicos, es posible establecerla cuando se vuelven figuras intercambiables y hasta desechables, se anulan de sí mismos para llegar a una frágil mitificación que esconde un rango semiobjetual. En el ámbito literario, ¿qué palabra pública se le pide al escritor exitoso? Se le solicita que cuente los pormenores, los entretelones de su éxito —su vida, su obra y su milagro—, así vemos cómo se desea en el escenario cultural el escritor jaguar, un autor iceberg de Sevilla, el escritor-santón o santona listos para pregonar una especie de verdad sobre todo lo que se les ponga por delante, pero se trata de una verdad que sustituye a los textos, una verdad alejada de la literatura que irremediabilmente va a desembocar en la sensibilidad light que es la forma comunicacional dominante, pero que, y esto es lo interesante, termina por bloquear cualquier pregunta literaria, obtura la inevitable y legítima interrogación verdaderamente crítica en tomo a la cultura.

El Estado, que podría ejercer una intermediación cultural, se hace parte porque forma parte de esta misma política. Resulta difícil diferenciar la función del Estado de la función empresarial, ambos discursos mantienen amplias zonas comunes en un trazado ferozmente envolvente que despolitiza a los cuerpos atrapándolos en la estructura de la deuda. Esta nueva narrativa / narratividad chilena acosa a las narrativas que producen los escritores chilenos que resultan así formateados, clasificados, agrupados, despotenciados, de acuerdo a su mayor o menor productivización en relación a la política neoliberal. La indistinción generalizada es estructural al proyecto sociopolítico actual: nueva narrativa, narrativa de mujeres, narrativa de jóvenes, literaturas gays, por ejemplo, pero detrás de este simulacro de diversidad yace la evidencia que se trata de unaseudodiferencia y, al revés, con esta “narrativa de...” se busca homogeneizar las prácticas para así deshacer sus probables tensiones y conflictos.



El punto pues, me parece, que excede a los escritores mismos –siempre ha habido y habrá un grupito de escritores y escritoras funcionales y, por lo demás cada escritor puede hacer lo que estime conveniente–, lo que quiero señalar es que este problema excede incluso a las editoriales por estratégica, continúa siendo para mí la interrogación al sistema neoliberal y cómo los productores literarios: críticos, escritores, teóricos pueden abrir una pequeña brecha que pluralice lo monolítico de los poderes dominantes para establecer, aunque sea en los bordes del sistema, una especificidad literaria.

No se trata de perturbar el lugar de las literaturas comerciales ni menos impugnar sus circuitos. Históricamente ha habido una producción fronteriza a lo literario de recepción masiva, que hoy conocemos con el nombre de best sellers, y más aún, textos literarios de gran envergadura –nada menos que *El Quijote*, por ejemplo– fueron libros de un gran alcance de lectura, lo que intento acotar aquí es que el problema que presenta el actual sistema es que produce unilateralmente, éticas, estéticas, lecturas, subjetividades, es el sistema el que las produce y las construye en un proyecto férreamente hegemónico, de acuerdo a un único parámetro que es un trazado mercantil que intenta oficializarse como hacer literario, destruyendo así la pluralidad y la diferencia.

En definitiva, percibo que esta actualidad busca socavar las aristas críticas de los sujetos mediante una manipulación organizada y múltiple que erradique historia y saberes, para superponer como centro discursivo un acrítico lugar común. Un lugar común que no es otro que el espacio más primario de la sensibilidad burguesa que objetualiza hasta el paroxismo el entorno y aún la siquis para así desplegar controles y disciplinamientos sociales. Sería interesante lograr pensar la literatura atravesando los eslóganes publicitarios que la nombran –con una ingenuidad conmovedora– como única, la última, la nueva. O tal vez lo más indicado sea, cerrar la puerta para mirar desde detrás de las cortinas la formación de este gran “mall” y así resguardarse definitivamente de un sistema que, manteniendo intactas las desigualdades y los desequilibrios sociales, parece sostenerse en una única premisa: “Compro, luego existo”.

(1997)